

III

EUROPA - AMERICA

EUROPA

ALEGATO DE EUROPA

PROLOGO DE 1946

Para los suramericanos de mi generación que aún no sacrificábamos todo ideal de Cultura al Moloch de la Política, como parece ser el empeño de los más jóvenes, el viaje a Europa tenía hasta los años angustiosos que precedieron a la segunda catástrofe, un valor de cotejo y aprendizaje. Europa continuaba siendo la "Gramática de los estilos", un arte de pensar o construir y hasta de hacer más amable por la aceptación de ciertas fórmulas que acaso eran convencionales, el trato entre los hombres. Ser civilizado a la manera como lo impuso Europa hasta la crisis de violencia de las dos últimas décadas, era practicar la tolerancia, analizar el error y vestir de belleza aun la instintiva necesidad. La Cultura no consistía tan sólo en conocer los sistemas científicos y filosóficos, las escuelas artísticas o el proceso de la Historia Universal, tarea demasiado vasta aun en los espléndidos programas del Liceo francés, sino en cosas aparentemente más nimias que ya no eran objeto de las grandes concepciones del mundo, sino de los modestísimos tratados de Urbanidad. Junto a la vida heroica del personaje a lo Corneille que sólo puede actuar en los momentos trágicos y sublimes, cada literatura europea había elaborado estas formas de lo cotidiano, este arreglo y aseo de la conducta como las que se expresaban, por ejemplo, en una página de Montaigne, un cuento de Voltaire, un diálogo de aquellos viejecillos eruditos, epicúreos y amables de un Anatole France. El otro polo de lo excepcional y lo trágico era esa naturalidad sin chabacanería, la firmeza y acierto con que una mente clara se orienta en el laberinto del mundo y hace de la vida humana, superando lo meramente biológico, una tarea de conciencia. El respeto a un canon cultural no tenía por qué vincularse —como se hizo en tantas polémicas contemporáneas— a un tipo determinado de organización económica, ya que tanto la sociedad burguesa como la más definidamente socialista tendrán por igual el humanísimo deseo de buena música, buenos libros y buenos cuadros. Una sonata, un gran poema o la *Etica* de

Spinoza están un poco más allá de nuestros accidentes políticos y constituyen valores por sí mismos; hablan al hombre por sobre su estamento de burgués o de proletario.

Para el arte de la prosa o de la arquitectura, para una tesis universitaria como para un diagnóstico médico, nos era así necesario el contacto de Europa, como los romanos de hace veinte siglos, a pesar de su poder, seguían aceptando la norma ideal de Grecia. Los mejores espíritus de las dos Américas, de Jefferson a Bolívar, de Emerson a Rubén Darío, descubrieron lo americano presentando como supuesto previo los métodos y el instrumental europeo. De un americanismo cerrado surgían frecuentemente en nuestra producción intelectual aquellos pesados mazacotes de quienes suponen que se puede escribir Historia del Perú o de Chile sin conocer la Historia Universal. Quien carece de punto de comparación ni siquiera ve lo próximo, y en el peor de los casos es preferible ser "diletante" con los sentidos dispuestos a captar todo lo humano, que topo encerrado en su cueva sin ojos ni apetito para todo lo que no sea su cerrada especialización. Ese "autoctonismo" espiritual que con mayor suma de manifiesto que de obra convincente muchos proclamaban como expresión de desafío y candorosa jactancia, consistía para nosotros en la incorporación consciente y en el otro matiz diferenciado que pudiésemos expresar en la clave común de la cultura occidental. En América se siguen hablando los viejos idiomas de Europa; Shakespeare, Cervantes y Camoens son los clásicos de nuestras dos grandes zonas continentales, y el viaje de regreso a las raíces de nuestra cultura conduce forzosamente a las playas del Mediterráneo y a la prosa platónica. (Esto, si por sobre la querrela de las razas y pueblos no hubiese un legado de cultura supraétnico, supranacional).

Circulaban ya hace diez años, cuando cumpliendo una rutinaria tarea de escolar suramericano escribí mi itinerario europeo y mi primer regocijo ante las viejas ciudades y las estatuas, algunos prejuicios que se exacerbaban durante la segunda gran guerra. En reuniones de profesores e intelectuales de los Estados Unidos llegó a decirse, por ejemplo, que era necesario cargar a la cuenta de Europa la aparición de todas las últimas formas de política regresiva como el Nazismo. Dentro de semejante consideración, toda la violencia nazi se explicaba como un último y terrible avatar del Romanticismo germánico, a pesar de que ellos desconfiaban del "libertario" Schiller y del "libertario" Heine. Pero trocando el argumento, ingenuamente profesoral, si los nazis eran románticos, ¿por qué no esperar que del clasicismo europeo, todavía vivo, brotase el antinazismo? En realidad, todo esto eran candorosas explicaciones universitarias; temas para un doctorado en Letras, ya que Fascismo y Nazismo no parecían fenómenos privativos de determinada región de la Tierra, se podían producir en la fría Prusia como en el caliente Brasil y constituían un síntoma más complejo de la crisis de nuestro tiempo. Había

que culpar —y esto fue una de las causas de la guerra— no sólo a los nazis que “cometieron”, sino también a las democracias que “omitieron”. El débil liberalismo europeo asistió insensible, en 1936, al sacrificio de España, y los políticos ingleses —por comodidad o cachaza burguesa— pensaron que era posible someter a Hitler a las buenas normas de un Derecho Internacional que ellos mismos y su pusilanimidad tornaron obsoleto. El Fascismo crecía en relación directa al crédito que le otorgaban los políticos medrosos, los pobres hombres convertidos en sumos intérpretes del espíritu burgués, al estilo de Mr. Chamberlain. Era un poco el duelo —clásico en toda Literatura picaresca— del pesado comerciante montado en una mula y el salteador de caminos escondidos en el matorral. Y si las condiciones económicas de Estados Unidos en aquellos años hubieran sido análogas a las de Alemania, el Padre Coughlin y los fascistas americanos del “America First” habrían invadido el Capitolio como Hitler llegó a la Cancillería del Reich.

A pesar de la educación democrática de que tanto se enorgullecen los americanos y que suelen oponer como una panacea contra Europa, ¿no ocurrían por entonces en Buffalo, Boston, Chicago y Detroit manifestaciones antijudías y no continuaba rigiendo en el Sur la más enconada discriminación racial? Resultaba, por ello, un poco ingenua aquella antítesis cultural Europa-América y la inocente pretensión de que después de la guerra profesores de Texas o Missouri fuesen a “reeducar” a los europeos. Europa se reeducaría volviendo a lo mejor de sí misma, leyendo en las escuelas a sus filósofos y moralistas después que pasase el estrago y la imposición oficial de leer a *Mein Kampf*. En extremo término, y como para deshacer esa pretensión de americanismo mesiánico, tan difundido entonces en los Estados Unidos, las ciencias aplicadas y la tecnología norteamericana eran sencillamente el producto de las ciencias puras creadas por Europa. Aun la crisis educativa: crisis de las malas aplicaciones del Positivismo a las Ciencias del Espíritu; crisis que se traducía durante la guerra en la infantilidad mental de aquellos mocetones del Ejército que, cuando les pidieron que declarasen su lectura favorita, señalaron las tirillas de aventuras del *Superman*; crisis que hacía que los grandes pensadores y poetas de los Estados Unidos casi no pudieran difundir su voz en medio de las montañas de papel impreso cargado de futilidades, no tenía otro remedio, como lo demostraba el famoso informe de Harvard (*General Education in a free society*) que el retorno liso y llano a la vieja cultura general, triturada en los Estados Unidos por la pequeña especialización utilitaria, por la hipertrófica tendencia a saber cada día más y más sobre menos y menos. *To know more and more about less and less*. Descompusimos al hombre en una serie de funciones meramente profesionales: banquero, profesor, lavaplatos, y con las piezas escindidas de su alma era ahora preciso volver a soldar la persona.